Res HA 59/5

Documentos e Informes
del Comité Internacional de Propaganda
Marqués de la Ensenada, 10

Conferencia dada en el Instituto francés
el día 19 de Mayo de 1915.

La idolatría de la fuerza en Alemania y sus consecuencias

En presencia del espantoso acervo de pueblos que se asesinan, es legítimo el indagar las lejanas causas a que se debe la explosión de la catástrofe, y por qué caminos se ha preparado científicamente poco a poco en los Imperios alemanes el abrasamiento del mundo europeo, el ataque brutal del derecho por la fuerza, de la civilización por la cultura.

Propóngome mostraros en los filósofos alemanes, bajo la forma de ideas y sistemas de apariencia puramente filosófica, los principios fundamentales oponiéndose a los más esenciales elementos de nuestra civilización; nacida en las orillas del Eufrates, enriquecida a las orillas del Nilo, purificada en Grecia, santificada en el Jordán, organizada y sistematizada en el antiguo mundo romano, ha llegado a nosotros como la herencia preciosa, de la cual todos somos colectivamente responsables y que debemos conservar para las generaciones futuras como el receptáculo de cuanto hay de verdadero, de grande, de hermoso, de noble.

Tengo la intención de mostraros ahora cómo el principio de la fuerza brutal, puesto al servicio del espíritu de dominación de un pueblo, se ha manifestado en él por una serie de principios políticos interiores y exteriores, revelados por las declaraciones de sus escritores y de sus jefes militares, prove-

yendo a la destrucción y esclavizamiento de todo lo que no es alemán y, aún más, exclusivamente prusiano.

En fin, os recordaré brevemente los actos diplomáticos y militares de Alemania, aplicación fiel y enteramente lógica de las ideas-fuerzas y de las concepciones dominadoras que han prevalecido allí desde hace siglo y medio.

* * *

Una de las máximas de la antigua moral proclamaba aquel principio elemental de la relación entre los miembros del género humano: „No hagas a otro lo que no quisieras que se te hiciera a ti mismo".

La moral cristiana y moderna ha dicho algo más positivo: „Ama a tu prójimo como a ti mismo".

Kant, el gran filósofo alemán del siglo XVIII, formuló el mismo pensamiento de la ley: „Obra de tal suerte que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre al mismo tiempo como principio de legislación universal".

Pero este axioma fué desviado de su sentido primitivo por las consecuencias que pretendieron obtener sus sucesores. Él no expresaba otra cosa más que la sumisión del hombre a un orden más elevado y la necesidad de considerar como deber lo que en todo caso es un principio de bien y de progreso.

Por una especie de tergiversación, los sucesores han falseado enteramente aquel axioma y cambiado sus términos; nadie mejor que el filósofo Nietzsche ha expresado esa profunda tergiversación de la concepción moral, y por eso es por lo que yo os debo, por citas apropiadas, la exposición de los terribles principios elaborados por su cerebro; él, en suma, no es más que el portavoz de un movimiento profundo muy anterior a él, y cuyas manifestaciones independientes se multiplicaron bien pronto.

Para Nietzsche, la vida, el universo, la humanidad, no tienen objeto ni sentido; no es verdad que el hombre tenga por misión el querer el bien, el tender a la verdad. Dios, el

ideal, el bien, deben ser borrados; son ataduras, entorpecimientos; es preciso romperlos, como aquel respeto que conviene a la juventud, esta veneración, esta piedad por todo lo que es digno de admiración y consagrado por una antigua tradición, este afecto por el país natal, este reconocimiento para las manos de los que nos han educado, esta tierna fidelidad por el santuario donde nuestra madre nos ha enseñado a rezar...

Pensando de este modo, el único secreto de la existencia es que nada es verdadero y que todo está permitido, al contrario de la religión que, como la ciencia, considera la verdad como el inestimable bien.

Pero la ciencia como la religión, al atenuar las pasiones, debilitan la vida. En verdad, los peores instintos del hombre son la mejor parte de su fuerza; **el mal y la mentira son tan útiles como el bien y la verdad para el desenvolvimiento de la vida.**

El hombre ideal debe amar las aventuras, el peligro; debe jugar con el azar, dejarse llevar por una gran pasión; en ella está el origen y la fuerza viva de toda existencia superior; libre de todo escrúpulo, le da valor de recurrir a medios inmorales y hasta le autoriza a aceptar, a títulos de medios de acción, falsas convicciones que utiliza sin obedecerlas. No hay más que un solo principio de moral: el éxito. Nietzsche es enemigo de la caridad, de la piedad, ¿a qué ayudar a los humildes y disminuir los sufrimientos desde aquí abajo? Es preciso, por el contrario, ser duro; es necesario que el hombre superior haga sufrir a los demás, sin dejarse intimidar por los gritos de dolor, porque la piedad enerva las fuerzas del misericordioso y le mata.

Nietzsche no está a gusto viviendo en una época que se complace en reivindicar el honor de ser más humano, más justo, más misericordioso; no se siente vencido por las grandes ideas de libertad e igualdad; no se preocupa en manera alguna de que el reino de la justicia y de la concordia sean fundados sobre la tierra; porque dice sería el reino de la más

abyecta mediocridad. Porque no amaba la humanidad „está bien para los franceses — decía — el enamorarse de esa horrible vieja".

El hombre superior, el **superhombre,** es un conquistador que debe proponerse un orden de cosas nuevo; ser enderezado a la guerra: la guerra es bella, una guerra feliz santifica todas las causas; a la humanidad le es necesaria una mano fuerte, sin escrúpulos, un espíritu libre, pues que no existen ni vicio ni virtud, sino una sola cosa prohibida, la debilidad; este estado de cosas necesita la guerra; también el arbitraje en los conflictos internacionales le parece una execrable decadencia. Al superhombre deben serle sometidos los otros, los humildes, los débiles; reclama abiertamente una nueva esclavitud, porque no hay Estado sin opresión de los débiles por los fuertes.

En cuanto a esa otra débil, la mujer, su razón de ser es la de distraer al hombre guerrero; sin embargo, éste no debe olvidar el látigo.

Nietzsche, megalómano y misántropo, entona el himno báquico a la fuerza brutal, y se levanta en su odio a Cristo y al cristianismo hasta compararse al Cristo, del cual se declara rival, y llega a decirse él mismo Anticristo.

La locura acabó sus días, pero había sido un loco clarividente, declamando muy alto los instintos y los apetitos profundos de su raza, bien que menospreciase su propio país, pues que decía con una severa justicia que la civilización alemana no era más que una barbarie regentada, donde reinaba hasta un grado impúdico el ciego orgullo de la raza y una baja autoadmiración.

Cuando es puesta en práctica por particulares audaces la moral de Nietzsche, se llama la de los apaches de gran estilo, como los de la famosa banda Bonnot, y los tribunales nos defienden en contra del espíritu de presa de esos peligrosos bandidos.

* * *

Érase una pequeña nación Prusia, que desde mediados del siglo XVIII había puesto en práctica esta moral de rapiña, que Nietzsche resumía en una blasfemia: **Dichoso el belicoso porque se le llamará, no el hijo de Jehová, sino el hijo de Odin, que es más grande que Jehová.** Los peldaños del trono de Prusia estaban hechos de naciones oprimidas, y esta nación había igualmente soplado la opresión en el Imperio de los Habsburgos; Silesia, Polonia, Schleswig, más recientemente la Alsacia-Lorena, eran tan oprimidas esclavas como los Estados eslavos o italianos, sometidos a la dominación austriaca. El pueblo de Prusia, aun engrandecido, es considerado por la oligarquía de una clase dominante, violenta, cruel, sin escrúpulos, extraña a toda idea de justicia y de humanidad, como una masa de individuos incapaces de reflexión e indignos de libertad; esa nación de rapiña ha logrado por la astucia y con una habilidad diabólica apoderarse de todos los demás Estados alemanes, ha vencido y esclavizado a Austria, se ha anexionado prácticamente todos los principados, y aun a la misma Baviera no le ha dejado más que una sombra de autonomía; el pueblo alemán, dice K. Wiegand, sufre por entero un mal incurable, la falta de independencia moral, y como una necesidad absoluta de esclavizamiento, lo que no le impide el ser valiente, laborioso, obstinado en el sufrimiento y capaz de esfuerzo y de sacrificio. Prusia ha llegado a inculcarle hasta tal punto el culto del Estado, que su mismo esclavizamiento le parece un ideal conforme a las leyes universales. Esta obra fué en su acabamiento y su plena realización la de Bismarck, genio sin escrúpulo, sin fe, sin piedad sin alma; él quien hizo adoptar a Alemania, con la centralización y la disciplina prusiana, las ambiciones y apetitos que en él se encarnaban. Él lanzó a los Estados alemanes contra Francia e hizo pasar sobre ellos un mismo aliento de odio, y ese odio, él primero y después los que le han seguido, lo han alimentado constantemente; al apoderarse de las provincias de Francia, quería descartar toda posible reconciliación e hipnotizar a Alsacia con el espectro del permanente peligro

de la guerra; así fué militarizada, esclavizada Alemania por Prusia.

Ofuscada por la victoria, por el prestigio que con ella había ganado y que brillaba en una maravillosa prosperidad, Alemania dejóse arrebatar por la idolatría de la fuerza brutal, a la que se debía todo esto. Se dijo que si la fuerza había hecho ese milagro de darle gloria y riqueza, es porque, sin duda, la fuerza encerraba en sí una misteriosa virtud, un principio divino. Esta fuerza brutal, con sus astucias y sus mentiras (como el despacho de Ems, falsificado por Bismarck y que desencadenó la guerra de 1870), cuando ella llegaba con bastante ímpetu para empujar la conquista del mundo, debía venir del cielo en línea recta y manifestar la voluntad de Dios en la tierra; el pueblo que recibía este ímpetu era el pueblo elegido, raza de señores al lado de los otros, que son razas de esclavos.

He ahí nacida la **supernación** y cómo el superhombre de Nietzsche se libró en seguida de todos los viejos prejuicios.

Supernación, hace un siglo que Fichte comenzó a predicarle ese papel a Alemania de lo alto de su cátedra filosófica: „Elevar la nación alemana, induciéndola a adquirir conciencia de sí misma, es decir, de su pura esencia germana, a fin de realizar esta esencia en el exterior, cuando fuera posible, y hacerla reinar en el mundo“.

No solamente Alemania es la elegida por la Providencia, sino que es la única elegida. El alemán es para el extranjero lo que el bien es para el mal.

Y Treitschke, más próximo a nosotros, repite la misma proclama: „Alemania es la única nación pura y noble, lleva en su mano la antorcha de la civilización; de ella ha salido cuanto hay de grande en el pasado, todos los grandes hombres son de su sangre“, y se ve a los más de sus sabios, por procedimientos más que ridículos, esforzarse en demostrar que Cristo, San Pablo, Vinci, Rafael, Dante, San Francisco, Juana de Arco, Pascal, Napoleón, Velázquez y

Murillo eran de raza germánica, pese a sus diversas nacionalidades.

Y es que en los alemanes la pasión se transforma en idea, mientras que en los latinos es la idea cuya belleza apasiona.

He aquí a Guillermo II, nuevo Mesías, que: **viene a redimir a la humanidad, no con palabras de paz y concordia como Cristo, sino con sangre y fuego, para llevar a cabo esta difícil misión providencial.**

„El fiero aguilucho prusiano, bien alimentado con sangre y despojos de sus vecinos destrozados, aspira a que sus inmensas alas se extiendan y cubran toda Europa, sin que ninguna avecilla menor, tan débil como despreciable, tenga derecho a la vida, frente a la razón suprema del más fuerte“.

Lo hace en nombre de Dios, como cierto político, tan devoto como nada honrado, del cual decía Cánovas: „Mien-„tras sus ojos miran al cielo, sus manos registran los bolsillos „del vecino“.

Escuchad más bien al mismo emperador arengando á su ejército del Este: „Recordad que sois el pueblo elegido. El espíritu del Señor ha descendido en mí, porque soy el Emperador de los Germanos. Yo soy el Instrumento del Todopoderoso, yo soy su Gladio, su Representante. ¡Desdicha y muerte a todos aquellos a quienes resisten a mi voluntad, quienes no creen en mi misión! ¡Desdicha a los cobardes! ¡Perezcan todos los enemigos del pueblo alemán! ¡Dios exige que sean destruídos, Dios, quien por mi voz os ordena que cumplais con mi voluntad!“

La raza germánica, designada para la preponderancia por un decreto nominativo de la Providencia, consagrada por el genio y la virtud de sus hijos, va a ordenar a los demás pueblos que doblen dócilmente el cuello bajo el yugo, que renuncien a sus santas tradiciones, que pisoteen su dignidad.

Podemos gustar de antemano la suerte que les cabrá, estudiando la opresión de que son objeto los polacos, unidos a Alemania hace siglo y medio; los alsacianos, desde hace cuarenta y cinco años, se les trata como a esclavos; el ministro

Hammerstein dijo en el Landstag de Prusia, en el 2 de Enero de 1904: „En nuestras relaciones con los polacos no se trata de iguales; con una raza semejante, nuestro papel es el de mandar, el suyo el de obedecer", y el general von Bernhardi declara: **que deben ser tratados como esclavos, únicamente autorizados para pagar el impuesto, proporcionar reclutas y callar la boca.**

Quien rehusa seguir a la masa del pueblo germano es un esclavo marrón, a quien se debe conducir por la fuerza; para tener el honor se debe ser alemán; es preciso renegar del propio pasado, borrar de la conciencia la creencia más reflexiva, los más íntimos instintos, abandonar el alma legada por los antepasados, moldeada por el trabajo lento de los siglos, y aceptar recién hechas la que se fabrica en Berlín. Para obtener ese aniquilamiento es preciso pesar sobre las naciones pequeñas, que tienen englobadas un peso insoportable; la resignación no les basta, es preciso el olvido, la abdicación; toda independencia, toda libertad, aun la de pensar y sentir a su manera, se considera como una rebelación contra ellos, depositarios eternos de la cultura y de la ciencia.

Así no haya ley para el „wacke" de Alsacia, y el Emperador aprueba los disparates sangrientos de Saberna, que no eran en principio más que el hecho de oficiales y soldados borrachos. Prohibe hablar francés, arranca los letreros franceses de peluqueros, tapiceros; persigue a los autores y los condena a multa y a prisión. Expulsa de sus tierras a los polacos de Prusia; hace azotar, hasta saltárseles la sangre, a los niños que se obstinan en querer rogar a Dios en la lengua de sus padres.

En cuanto a los demás pueblos del mundo, que lo tengan por sabido, *La Gran Alemania y Europa hacia 1950* (publicada en 1895 por la Unión Pangermanista), les asigna su lugar: „Los pueblos machos deben establecer su dominación sobre las naciones hembras; en la nueva Europa únicamente los alemanes ejercerán los derechos políticos, servirán en la Marina y el Ejército y poseerán bienes raíces; **en ese pueblo**

de señores los extranjeros serán tolerados para ejecutar los trabajos inferiores. Entre los alemanes y los demás pueblos no existe nada de común medida".

Y únicamente Alemania merece ese nombre de *pueblo macho*, porque sólo ella tiene la religión de la fuerza, y Bismarck lo ha dicho: „La verdadera civilización es una educación que aspira a la fuerza y emplea la fuerza; **esa civilización que, so pretexto de cortesía y humanidad enerva y afemina al hombre, sólo conviene a mujeres y esclavos".**

Y de todo el Imperio alemán se elevan himnos a la guerra: se quiere la guerra, se prepara la guerra, se predica la guerra, como si la paz fuese únicamente breve descanso para una lucha cada vez más gigantesca, que tiene por objeto aniquilar toda rivalidad posible entre otras razas no germanas, es decir, no providenciales.

*
* *

Desde 1868, en su libro *La guerra y el fin ideal de la cultura*, el profesor Lasson formula de esta manera las reglas de relación entre los Estados: „Entre los Estados no puede gobernar más que la guerra. El conflicto es la esencia misma y la regla de relación entre los Estados. La guerra es un fenómeno fundamental de la vida del Estado, es la parte principal de sus deberes; su preparación debe ser la ocupación preponderante de la vida nacional. El cañón es la parte más eficaz del telar. El hombre que encarna su tiempo es el guerrero, en quien cada pensamiento incendia las ciudades, prosterna los pueblos en el polvo, devasta los países y hace huir ante él los ejércitos".

Más recientemente, el general von Bernhardi escribe: „La guerra es el factor más grande en el avance de la cultura y del poder; los esfuerzos en favor de la paz son extraordinariamente perniciosos tan pronto como influyen sobre la polí-

tica, y si consiguieran su objeto conducirían a una degeneración general".

Pero dice Treitschke: „Dios cuidará de que la guerra se repita siempre como drástico medicamento para la raza humana. Ella es la que limpia el suelo de los escombros del pasado; **es la felicidad suprema de la humanidad,** porque es el camino de un estado superior; ella es la que permite vivir la vida exaltada y triunfante que florece sobre las ruinas y se engrasa con la sangre del vencido".

Y luego: **„La cuestión de saber dónde reside el Derecho no puede ser decidida más que por la guerra. La fuerza es la que crea el Derecho; ella es el Derecho, porque el mejor dotado tiene el derecho de vivir a expensas del inferior".**

Bismarck habia dicho ya esto en **La fuerza antes que el derecho,** y el general von Bernhardi dice también: **„Las naciones débiles no tienen el mismo derecho de vivir que una nación potente y vigorosa.** El Estado está justificado en sus conquistas, siempre que la adquisición de nuevos territorios parezca redundar en su provecho".

Y Lasson, desde 1868, explicó que no se trata de civilización moral e intelectual: „*Sean cualesquiera los progresos de la inteligencia, de las condiciones materiales o morales de un pueblo, si no hay la posibilidad de defenderse, no es más que abono para el campo ajeno. Un pueblo de alta cultura, pero poco apto para la acción militar, debe obedecer a los bárbaros, cuya organización militar y política es superior; el valor moral de una forma de cultura está en la fuerza. La intervención en los asuntos ajenos es un derecho, que no es limitado más que por la fuerza de otro, con tal que el éxito esté asegurado.* **Un Estado no puede cometer crímenes; observar los Tratados no es un caso de Derecho, sino de interés".**

Bismarck decía también: **„Allí donde se trata del poderío de Prusia no reconozco otra ley".**

Treitschke dice lo mismo: „Desgraciada de Alemania si se

deja detener por vulgares escrúpulos; es absurdo pretender atar al Estado por falaces convenciones morales o Tratados; no se firman más que bajo la reserva de que no entorpezcan su acción; **la moral y la piedad no son más que la defensa tras de la cual los débiles y cobardes abrigan sus miserias**".

Naumann saca la consecuencia a propósito de Bélgica: **„Debe ser suprimida porque es un Estado pequeño,** y ese desmembramiento del mundo es contrario al movimiento de centralización de la maestra de la Humanidad".

Los tratadistas populares pangermanistas extienden la conclusión sin timidez; en 1900 un folleto publicado por la Liga *Alemania en los comienzos del siglo XX,* dice: „No dudaremos el arrancar a Francia y a Rusia anchas bandas de territorio para extender las márgenes ante nuestras fronteras del Este y del Oeste. . . Sería necesario estipular que estos territorios habían de ser evacuados por su población, desposeída de sus bienes".

En el folleto ya citado: *El pangermanismo y Alemania en 1950,* el Imperio alemán comprende el Luxemburgo, Holanda, Bélgica, la Suiza alemana, y domina por sus uniones aduaneras del Adriático al mar Negro y al mar Glacial.

En visperas de la guerra, Rudolf Tenden, en su folleto *¿Qué nos traerá la guerra?,* escribe: **Alemania se anexionará pura y simplemente Dinamarca, Bélgica, Holanda y Suiza, sin olvidar a Austria.**

Rotas las hostilidades, los profesores Oswald, Lasson, Hockel, en formas diversas han dicho: „Después de la guerra, Alemania victoriosa hará entrar en la Confederación a los Estados vencidos, así como a los neutros, y si estos últimos no lo consienten se verá obligada a forzarlos a ello".

En 1912 el general von Bernhardi declara estar próximo el momento: „La guerra es inevitable, porque Alemania tiene necesidad de comer, de mercados para su industria y tierras para sus 65 millones de habitantes. Como es seguro que sus vecinos no le han de ceder por favor su posesión, tendrá que

arrebatársela; como las necesidades de Alemania son ilimitadas, es necesario que su supremacía se ejerza sin contestación, y esto no es posible más que con el aplastamiento de Francia, Inglaterra y Rusia; habría una gran ventaja cargando sobre Francia e Inglaterra la responsabilidad del conflicto; el deber de nuestros diplomáticos es, pues, el de jugar las cartas de tal manera, que nuestros enemigos se vean forzados a atacarnos; los **tratados nunca son más que condicionales y momentáneos; no ligan a las partes más que hasta el momento que se juzga útil el romperlos;** no nos dejemos detener por vanos escrúpulos ni por un falso y ficticio humanitarismo".

Y he aquí lo que esclarece la visita de Guillermo II al sultán, asesino de 300.000 armenios, que firma el proyecto de atentado contra España para apoderarse de las Carolinas; la duplicidad de Alemania excitando a los boers del Africa del Sur contra Inglaterra y vanagloriándose en seguida de haber dado a ésta el consejo para domarlos; excitaba a Inglaterra y Francia la una contra otra; jugaba doble juego entre los nihilistas y el Imperio ruso, entre Rusia y el Japón, infiltrábase por la fuerza en los asuntos de Marruecos; allí donde no tenía más que 200 nacionales acumulaba las bravatas de Tánger, de Casablanca, Algeciras y Agadir; excitaba a Italia contra Turquía, a la cual ayudaba bajo cuerda; a los Estados balkánicos contra Turquía, a quien ella debía suponer victoriosa. „Para reinar es preciso dividir y debilitar a los rivales"; y, sin embargo, Marruecos fué francés y español, son victoriosos los Balkanes; pero se sabrá encontrar el medio de hacer estallar el conflicto.

En 1912, Fryman dice a propósito de Marruecos: „Aun en el caso de que Francia respete sus promesas, nosotros sabremos hacer surgir una ocasión para el conflicto, obligándola a escoger entre Inglaterra y nosotros"; y por la intimidación arrebata a Francia la mitad del Congo; ya envidiaba otras colonias; desde 1886 el doctor Rommel había escrito que es en Europa donde hay que procurarse colonias ya hechas, y

que en los campos de batalla del viejo continente es donde ha de liquidarse ese imperio colonial, que habría costado así doblemente a los vecinos de Alemania.

En Enero de 1912, la *Liga de Defensa Nacional Alemana,* fundada bajo los auspicios de lo más escogido del ejército, del profesorado, del comercio, de la magistratura y de la diplomacia, publica un verdadero llamamiento a las armas, que reclama el aumento inmediato del ejército hasta la cifra formidable de 155.000 hombres más y 1.200.000. „Lo que nos toca hacer a los pangermanistas — dice el genial Keim — es el mantener la espada alemana cortante como una navaja de afeitar".

A un grupo de estudiantes franceses recibidos en Berlín por los de la Universidad de esa ciudad, como expresasen cortesmente el voto de que se les devolviera en París su cortesía, se les respondió: „Cuando vayamos con nuestros soldados" (30 de Julio de 1913.)

Y nuestro Embajador resumió así la situación: „Hay un partido de la guerra con jefes, tropas, una Prensa convencida o pagada para fabricar la opinión, e indudables o variados medios de intimidar al Gobierno. Obra sobre el país con ideas claras, sentimientos ardientes y voluntad corajinosa y enconada".

Los hidalgos, cuya nobleza forma la aristocracia militar, tienen necesidad de la guerra para salvarse del impuesto sobre las sucesiones, servir sus intereses de familia y mantener su prestigio. Los magnates, comerciantes, fabricantes de cañones, grandes mercaderes o banqueros especulan de antemano sobre la apertura de nuevos mercados y con los grandes movimientos de dinero y valores a la conclusión de la paz, cuando se cobre una enorme indemnización de guerra; en fin, de la escuela y de la Universidad, los maestros, cuidadosamente seleccionados, según las necesidades de la causa pangermanista y el fervor exclusivo de su celo servilmente alemán, trabajan en crear, desde los estudiantes hasta el pueblo, una verdadera historia nacionalista, encargada de des-

envolver las sociedades de tiro, de gimnasia, de antiguos militares, de la defensa nacional, etc.

Todo alemán espera el gran día y lo cree inminente, el ejército está dispuesto; y, entre tanto, Francia está dividida contra ella misma; Inglaterra e Irlanda, los liberales y los conservadores del Reino Unido están a dos dedos de la guerra civil; Rusia comienza apenas a reponerse de sus reveses y sus revoluciones; el momento es propicio, y como dijeron el general de Moltke y el Kaiser en Noviembre de 1913, en presencia del Rey de los belgas: „La guerra con Francia ha llegado a ser inevitable: esta vez acabaremos con ella y no se puede dudar del entusiasmo indescriptible que arrastrará ese día a todo el pueblo alemán".

La guerra estaba resuelta; no se necesitaba más que un pretexto, bueno o malo, para entrar en acción. Y no estaba dispuesto todo únicamente para la guerra del otro lado del Rin, sino que aun del lado francés y ruso los espías alemanes habían preparado el terreno desde hace años.

Nuestro país, desarmado con el Tratado de Francfort, había visto establecerse en él verdaderos enjambres alemanes, colonias agrícolas, centros industriales, explotación de canteras; por un azar singular su distribución coincidía con los puntos estratégicos y se colocaban siempre en relación con obras que interesaban la defensa nacional. Al abrigo de nuestra hospitalidad, los alemanes habían dispuesto plataformas cimentadas en torno a nuestras plazas fuertes, a fin de colocar allí sus grandes cañones en lugar de juegos de *tenis* o de elegantes villas. Bajo el pretexto de la explotación de las setas, habían adquirido las famosas cuevas del Oise y del Aisne, adonde habían amontonado municiones y cañones desmontados; por otra parte, habían cavado de antemano líneas de trincheras con el pretexto de saneamiento o de irrigación.

Y esto existía igualmente en Bélgica, en Polonia y en Inglaterra; tan lejos habían ido en la preparación del golpe.

* * *

Y ahora veamos cómo realizan su programa respecto á Europa, haciendo imposible toda paz, pese a los esfuerzos supremos de Francia, Inglaterra, Rusia e Italia, y cómo, sin razón seria de ninguna suerte, se precipitan traidoramente sobre la desgraciada Bélgica.

Sábese que Austria en 1908 se anexionó la Bosnia y la Erzegovina, parte del Imperio turco, a su protectorado, aprovechándose de la debilidad de Rusia, a consecuencia de la guerra japonesa y de la revolución.

Abierto el apetito, los italianos se apoderaron de la Tripolitania, y los Estados balcánicos, a su vez, se apoderaron de Macedonia y de Tracia, cerrando a Austria el acceso a Salónica y Constantinopla. Desde ese momento Austria busca la ocasión de aplastar a Servia, y hace saber a Rumanía que será también atacada si pretende oponerse.

El Príncipe heredero de Austria es asesinado en Serajevo por un súbdito austriaco de raza servia. Pasado el primer momento de violenta emoción, Austria intenta engañar a Europa y finge las disposiciones más tranquilizadoras; pero esto no es más que una astucia engañosa. Luego, escogiendo el momento en que el Presidente de la República francesa y el jefe del Gobierno han salido para Rusia, Austria envía a la pequeña Servia su *ultimátum* a brevísimo plazo (cuarenta y ocho horas), reclamando, sin pruebas que lo apoyasen, el arresto y la destitución de oficiales y funcionarios servios, la supresión de Sociedades y periódicos sospechosos a Austria, e intimándola la orden de someterse a la intrusión de comisarios austriacos, destinados a perseguir a los patriotas servios en su propia patria. Era un verdadero atentado a la independencia de Servia; sin embargo, ésta se inclina ante la fuerza, pidiendo únicamente que se la evitase, para las cuestiones de orden interior, la ingerencia, incompatible con su independencia nacional, entregándose en ese respecto al tribunal de La Haya o al de las potencias.

Sin tomarse siquiera el tiempo de leer esta humilde respuesta, Austria rompió con Servia el 25 de Julio; pero conti-

nuó en contacto con los demás Estados, bien que declarase la guerra a Servia el 28, después de haber rehusado el hablar con Rusia. El 25, Rusia llegó en su condescendencia hasta declarar que continuaría las negociaciones aun en el caso de que Austria comenzase una acción contra Servia. El 30, el Conde Berchtold acepta, en nombre de Austria, el reanudar la conversación interrumpida por una *mala inteligencia,* según dice. El 31, Inglaterra, Francia y Rusia aceptan el que los austriacos ocupen Belgrado y sus alrededores, siempre que se detengan luego y admitan el estudiar, con las grandes potencias, las satisfacciones que pueda dar Servia, salvando su independencia. Inmediatamente los Embajadores de Austria en París y San Petersburgo aceptan la discusión de aquellas diferencias.

¡Era la paz!

No, porque Alemania quería la guerra a todo trance. Desde el 21 de Julio había comenzado a movilizar secretamente, reclamando de París una acción moderadora en Petersburgo, parecida a la que ella rehusaba ejercer en Viena. El 25, pone en pie de guerra la frontera francesa y precipita sus medidas militares; el 31, Rusia moviliza en la frontera austriaca, cinco días después que Austria, y declara que no intenta nada contra Alemania; ésta, que ha declarado el 28 que no movilizaría en el caso de que la movilización rusa no se hiciese más que en la frontera austriaca, amenaza con hacerlo el 29 si Rusia no se detiene en sus preparativos. Inmeditamente, Rusia declara suspender aquellas medidas de precaución que podrían prestarse a equívoco; y, sin embargo, se decide la movilización general alemana el 31, al mismo tiempo que se le dan a Rusia doce horas para desmovilizar, cuando acababa de aceptar la proposición inglesa, que implicaba la detención de los preparativos militares de todas las potencias, y menos de veinte horas a Francia para que declare cuál será su actitud en caso de un conflicto con Rusia.

El 1.º de Agosto, a las siete de la tarde, declaró la guerra a Rusia; el 2 violó la neutralidad de Luxemburgo y penetró

en territorio francés, sin declaración de guerra y cuando la Embajada alemana aun no había salido de París.

El 3 Alemania violó la neutralidad belga y declaró la guerra a Francia.

Hasta el 6 de Agosto Austria no se decidió a declarársela a Rusia.

Así, pues, no hay duda, la guerra ha sido querida, buscada por Alemania, primero con la complicidad de Austria, ciega, luego, a pesar de la misma Austria, a quien ha forzado a la guerra contra Francia y Rusia. Así lo ha juzgado Italia, negándose a seguir a sus aliados.

* * *

Pero, ¿y Bélgica?

Prusia, con Austria, Francia, Rusia e Inglaterra habían garantizado perpetuamente su neutralidad por el tratado de 15 de Noviembre de 1831, renovado en 1839; Francia y Alemania lo habían reconocido nuevamente en 1870, y Prusia se había comprometido entonces por dos años a defender la neutralidad belga en el caso de que Francia la violase.

El 28 de Julio de 1905, en Amberes, el Conde de Wolwitz, Ministro de Alemania en Bruselas, proclamaba en un discurso, que aprobaba públicamente el Conde Aerenthal, Ministro de Austria: „En buena vecina, con interés y simpatía, es como ha seguido Alemania vuestra marcha hacia adelante. Habéis adquirido nuestras simpatías, porque convergen al mismo punto que nuestro propio interés. Lo que deseamos es una Bélgica fuerte, tanto desde el punto de vista político como comercial. De pasada puedo deciros que para nosotros, alemanes, el mantenimiento del tratado de garantías concluído en el nacimiento de la Bélgica actual, es una especie de axioma político, al cual nadie sabría tocar sin cometer la más grave de las faltas“.

En 1907, la Conferencia de La Haya, representando a 44 na-

ciones, había votado por unanimidad la inviolabilidad de las fronteras neutras por los beligerantes. Alemania entre ellas.

En 1910, el Emperador Guillermo, en la Exposición de Bruselas, aseguró al Rey y a la nación belga su ardiente simpatía: **„Bélgica tiene razón en contar conmigo...“**

En Abril de 1913, los Ministros alemanes de Negocios Extranjeros y de la Guerra afirman en el Reichstag alemán que „la neutralidad de Bélgica está establecida por convenciones internacionales, que Alemania está decidida a respetar; Bélgica no tiene nada que temer por la votación de las nuevas levas militares“.

En Noviembre de 1913, el Emperador festeja en Berlín al Rey de los belgas; en fin, en 31 de Julio de 1914, dos días antes de la violación de la neutralidad belga, el Sr. Below, Ministro de Alemania en Bruselas, asegura a los belgas que no tienen nada que temer, y que si no afirma más esplícitamente el respeto a su neutralidad es para obligar a los franceses, al dividir sus fuerzas para la guardia de su frontera Norte, a debilitar la del Este.

La misma consideración se hace a las preguntas de Inglaterra, mientras que Francia declara inmediatamente que respetará en un todo la neutralidad de Bélgica. Y lo hizo hasta tal punto, que su frontera estaba sin defensa y casi sin tropas por esa parte; por lo demás, no ignoraba que una tentativa en esa dirección hubiera reunido contra ella a Alemania, Bélgica e Inglaterra, y hubiera entregado a sus enemigos las plazas fuertes del Mosa belga.

Sin embargo, Alemania tenía preparativos secretos contra Bélgica; nunca se ha llevado tan lejos como los alemanes que vivían en Bélgica, el arte de traicionar a su huésped; desde mucho tiempo atrás una multitud de espías ilustraba al Gobierno imperial sobre todos los Ayuntamientos de Bélgica, y aquél concentraba y coordinaba aquellas indicaciones tan admirablemente minuciosas, que el conquistador conocía mejor que los habitantes los medios de cada localidad y de cada individuo.

¿No se habían preparado de la noche a la mañana las plataformas cimentadas alrededor de las plazas fuertes y destinadas a los grandes cañones, ni constituída de depósitos escondidos de armas y municiones?

¿Y no era precisamente en los últimos momentos cuando los mapas del Estado Mayor belga habían recibido adiciones en rojo, „impresos en Alemania“, indicando el camino que habían de seguir las tropas alemanas?

Por otra parte, hay absolutas pruebas de la premeditación en una referencia militar llegada a conocimiento del señor Etienne, nuestro Ministro de la Guerra en 1913. Léese allí: *„Los pequeños Estados deben ser constreñidos a seguirnos, a ser domados; en ciertas condiciones, sus Ejércitos y sus fortalezas pueden ser fácilmente conquistadas o neutralizadas; éste pudiera ser el caso de Bélgica y Holanda; un ancho campo ábrese allí a nuestra diplomacia para trabajar en el sentido de nuestros intereses; allí puede ser tomada fácilmente la ofensiva, apenas hecha la concentración del Ejército del bajo Rhin. Un* ultimátum *a breve plazo, seguido inmediatamente de la invasión, justificaría esta acción suficientemente“*.

El fin perseguido es expresado por Maximiliano Harden sin velos de ninguna clase: **„Es preciso que la nueva Germania someta nuevas provincias: Amberes no más en contra, sino con Hamburgo y Bremen; Lieja al lado de las fábricas de Essen, de Berlín y de Suabia; el carbón, el hierro, los tejidos belgas y alemanes, trabajados y vendidos bajo la misma dirección de una misma industria, de Calais a Amberes. Desde Flandes, el Limburgo, Brabante hasta el otro lado del Mosa, ¡¡¡TODO GERMANIA!!!**

Las medidas militares para franquear Bélgica, a fin de entrar en Francia, eran accesorias; los pretextos invocados del miedo a la violación por Francia, o de esta violación ya perpetrada, nadie los ha creído ni por un momento; era preciso echar la mano sobre Bélgica, aprovechando la ocasión; así, desde el

15 de Julio, aun antes de la crisis final de donde ha salido la guerra, se amasaron hacia Bélgica las tropas alemanas.

* * *

Pero, ¿se podía adormecer a Inglaterra?

Se le pide que permanezca neutral, en el caso de que se vea obligada a atravesar Bélgica, prometiendo restablecerla después de la guerra. ¿Qué vale la promesa de un felón? Y el señor de Bethman-Hollweg insinúa cerca de la Embajada británica amenazadora, para que no mantenga la terrible medida, tomada únicamente por una palabra, *neutralidad*, una palabra que en tiempos de guerra no ha tenido frecuentemente importancia, por ser un *¡¡¡trozo de papel!!!*

Pero Inglaterra respondió que ese pedazo de papel llevaba su firma, que en él había comprometido su honor, porque „cuando un inglés firma un tratado, lo hace con su sangre".

La misma orgullosa respuesta dió el Dr. Davignon, Ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica; el 2 de Agosto el señor Below, en nombre de Alemania, pidió a Bélgica el libre paso hacia Francia, amenazándola con considerarla enemiga si se oponía a ello; se le respondió que Bélgica, al doblegarse, sacrificaría su honor y traicionaría sus deberes para con Europa, y que se defendería por todos los medios en su mano contra todo ataque a sus derechos.

Esta respuesta estaba talmente prevista, que desde el 30 de Julio, dos días antes del *ultimátum* de Alemania a Bélgica, todos los belgas de sexo masculino de veinte a cuarenta y cinco años, residentes en Alemania, habían sido hechos prisioneros.

Y como en plena paz, Federico II de Prusia invadió la Silesia, garantizada por su padre a Austria, Bélgica es invadida el mismo día. Federico II había emitido el principio „si un pequeño Estado, que se dice neutro, es sospechoso con razón o

sin ella de ser amigo del enemigo, se debe comenzar por echar la mano sobre ese vecino apacible, sobre la familia real que se tomará en rehenes, y aun sobre el mismo Príncipe, al quien se arrojará de su casa".

El 4 de Agosto de 1914, el Canciller del Imperio anunció al Reichstag el hecho realizado, la ocupación del Luxemburgo y la entrada del Ejército en Bélgica, y declara sin ambajes: **„Esto está en contradicción con la prescripción del derecho de gentes; pero hemos sido obligados a pasar por encima de las protestas *justificadas* de los Gobiernos luxemburgués y belga; la injusticia que cometemos de esta manera la repararemos una vez cumplido nuestro fin militar... La necesidad no reconoce ley".**

Los alemanes han deplorado amargamente después esta confesión; Maximiliano Harden lo dice cínicamente: „Esa fué una gran falta, de la cual no nos librarán jamás ni Dios ni el diablo".

Así era pisoteado el art. 2.° del capítulo 1.° de la Convención de La Haya, relativa a los deberes de los neutrales: „Está prohibido a los beligerantes el hacer pasar, a través del territorio de un Estado neutro, tropas o convoyes, ya de municiones, ya de aprovisionamientos"; y el art. 10 dice: „No podrá ser considerado como un acto de hostilidad, por parte de un Estado neutro, el hecho de rechazar, aun por la fuerza, los atentados a su neutralidad".

Y ahora que la guerra se ha desencadenado, ¿cómo van a hacerla los alemanes?

* * *

Volvamos a sus propias teorías de guerra, elaboradas de antemano, mientras sus diplomáticos ponían la firma al pie de las disposiciones de la Conferencia de La Haya, destinadas a circunscribir los desastres en la medida de lo posible.

En su libro *De la guerra*, 1832, el general Clausewitz escribe: „Quien quiera que se sirve de la guerra, sin miramiento alguno y sin ahorrar sangre, tiene la preponderancia tarde o temprano si el enemigo no procede como él mismo; **no se introduciría en la filosofía de la guerra un principio de moderación sin cometer un absurdo**“. **„La perfección absoluta de la guerra es la de que se vea libre de todo impedimento convencional“.**

Las mismas ideas se encuentran en von Hermann, *Las necesidades de la guerra y de la humanidad*, 1870. El realismo militar exige absolutamente que se dé paso por encima de todas las exigencias que un derecho internacional constituído podría hacer valer“. „Toda restricción a los hechos de la guerra, una vez que se ha recurrido a los medios militares, conduce a debilitar la acción de conjunto del beligerante: el derecho de gentes debiera guardarse de paralizar la acción militar imponiéndole entorpecimientos“. „La guerra de los tiempos presentes deberá ser conducida con un rigor más desprovisto de escrúpulos, con una violencia más grande que nunca en el pasado. Todo milita a favor de las más grandes violencias. Es preciso que el soldado, el guerrero, se embriague de una absoluta libertad, y que el Estado enemigo, aun los no combatientes, sientan el peso enorme de la guerra“. „El combatiente tiene necesidad de pasión. . .; debe verse libre de los entorpecimientos de una legalidad fastidiosa; **violencia y pasión son las dos leyes esenciales de todo acto belicoso, de toda grandeza guerrera“.**

„La destreza, la presión profunda de la guerra no deben ser ahorradas al Estado enemigo, es preciso que el peso sea aplastante.“ **„El terrorismo es un principio militar elemental“.** Von der Goltz, en *La nación armada*, dice: „La fuerza sin miramiento a quien quiera que sea, sin ahorrar la sangre, tendrá la supremacía sobre un adversario menos brutal“. „El sencillísimo principio, según el cual se hace la actual guerra, quiere que **todas las ideas de derecho que han corrido en**

tiempo de paz sean relegadas al olvido, pues que no eran admitidas en los períodos precedentes".

Ha declarado, cuando estaba a la cabeza del Ejército turco: „Que el sistema turco era excelente, que consistía en declarar que era necesario a todo precio el sembrar el terror en el país enemigo, y sistemáticamente no respetaba mujeres ni niños, de manera que se espantase de antemano el país por su reputación de ferocidad".

Así von Hermann declara „que es necesario impedir a la población civil el ponerse al abrigo de las plazas bombardeadas; su terror, las perturbaciones morales y materiales consiguientes las obligaran a capitular".

Clausewitz enseña „que es necesario el aplastar con contribuciones de guerra y desbastar las provincias ocupadas".

Von Hermann no admite „ninguna distinción entre la propiedad pública y privada; los Ejércitos tienen el derecho de saquearlo todo, y por cualquier medio que sea pueden apropiárselo".

En 1902, la sección histórica del gran Estado Mayor alemán ha publicado un pequeño folleto sobre el mismo asunto: „Una guerra enérgicamente conducida no puede ser dirigida tan sólo contra el enemigo combatiente y sus disposiciones de defensa, sino que tenderá y deberá tender por igual a la destrucción de sus recursos morales y materiales... Las consideraciones humanitarias, como los respetos relativos a las personas y a las cosas, no pueden entrar en consideración".

Así también, **„el oficial alemán debe tenerse en guardia contra las consideraciones humanitarias que degeneran muy frecuentemente en sensiblería contra esas tentativas que tienen por objeto el hacer evolucionar los usos de la guerra, y que han encontrado un reconocimiento moral en la Convención de Ginebra y en las Conferencias de Bruselas y La Haya".**

Y esto está impreso oficialmente, pese a la firma puesta por Alemania al pie de esas mismas Convenciones; y el 20

de Diciembre de 1914, el periódico de la Corte la *Post*, exclama: „Seamos duros... En todo tiempo, los horrores de la guerra, la destrucción de las ciudades, la supresión de los transportes y del cambio, las pérdidas de bienes, las cargas del alojamiento de tropas, la presión ejercida de todas maneras sobre la población enemiga, en una palabra, las calamidades, han sido un medio tan efectivo de imponer la paz como las victorias militares".

Y desde 1900, la Liga Pangermanista había declarado en *Alemania al comienzo del siglo XX*. „Cuando más inexorable sea el *Væ victis!* más segura será la paz que ha de seguir; en la antigüedad un pueblo vencido era aniquilado; hoy día no se puede hacer físicamente, pero pueden imaginarse condiciones que equivaldrían a su aniquilamiento".

* * *

Tales son los inauditos principios de guerra de los Ejércitos alemanes, lo que viene a decir: todo está permitido, y los peores medios son recomendados ya contra los Ejércitos enemigos, ya contra la población civil.

Así, la Cruz de Ginebra sirve para esconder cañones y municiones; la bandera blanca es un simulacro de rendición de tropas enmascaradas con ametralladoras, que permiten al enemigo leal entregarse por sí mismo a los golpes de la traición; los uniformes franceses o belgas, vestidos por secciones alemanas, permiten acercarse sin peligro al enemigo y asesinarle sin riesgo; falsos toques de clarín, hábilmente imitados, permiten detener su fuego y recobrar la ventaja en el combate. Las balas expansivas hacen al soldado enemigo heridas más seguramente mortales; el arrojar líquidos inflamables, el rodearle de una nube de vapores de cloro, cuya respiración es mortal, son procedimientos tanto más excelentes, cuanto que el enemigo, confiado en los Tratados, no ha preparado semejantes medios de ataque, se encuentra sorprendido y desmoralizado.

Marchar detrás de un escudo de prisioneros uniformados o civiles, hombres, o mejor todavía, de un rebaño de mujeres y niños, y a veces pobres mujeres desnudas, es un maravilloso procedimiento para turbar la defensa del enemigo y aproximarse a él con menos peligro... „medio riguroso y cruel, pero que justifica muchas veces un completo éxito", dice el Estado Mayor alemán. En cuanto a los heridos enemigos y a los prisioneros, se les fusila frecuentemente, cuando no, se les tortura como a esos dos soldados belgas amarrados a un árbol y destripados después; como a ese soldado belga a quien se le quieren arrancar referencias metiéndole las manos en agua hirviendo, o a su compañero, a quien se le retuerce el pescuezo mientras se le inmovilizan brazos y piernas; o a ese oficial superior francés atado a un árbol en Tamine, despedazado por caballos enganchados a cada una de sus dos piernas, o a esos numerosos heridos arrojados al fuego o incendiados sin posibilidad de huida!... Y no se contentan con felicitar a ciertas tropas por haber asesinado sistemáticamente a los heridos en el campo de batalla, o a los ulanos por haber matado a la mitad de los 150 prisioneros ingleses, cuya guardia tenían. Una orden expresa del general Stenger, comandante de la 58.ª brigada Badoise, el 26 de Agosto, y que ha sido ejecutada por las tropas, decretó: **„A partir de hoy no se harán más prisioneros; todos serán muertos; los heridos con armas o sin armas serán muertos; aun los prisioneros ya agrupados en convoy serán muertos; tras de nosotros no quedará enemigo alguno".**

Muchas veces también se sirven de los prisioneros para ocultar la nacionalidad de las tropas alemanas escondidas detrás. Y se les hace gritar que no tiren, que los que vienen son belgas y franceses.

Y las ambulancias, los médicos, los camilleros, pese a las insignias más aparentes, son acribillados de balas, mientras que los hospitales, las ambulancias, son escogidos como blanco predilecto, hasta el punto que hemos debido renunciar frecuentemente a señalarlos con las banderas de la Cruz Roja.

Ya en 1870 habíase notado esta táctica, y Bismarck, a quien se le había dado queja, respondiera con una grosera burla, alegando que éramos mucho más crueles matando a los soldados alemanes, que gozaban de buena salud, que no él, cuando se contentaba con los enfermos y heridos medio muertos ya.

En previsión del tratamiento a infligir a los países conquistados, se ha preparado en Alemania todo un material especial; comprende antorchas, granadas, bombas de petróleo, cohetes, pastillas de materias combustibles, saquitos de pólvora comprimida muy inflamable. Se han reclutado cuerpos especiales de incendiarios ejercitados en ese trabajo especial; se han libertado *ad hoc* y rehabilitado a detenidos por delitos comunes, cuyo instinto salvaje estaba suficientemente experimentado y que serían soldados escogidos para esa necesidad terrorífica.

Se ha condenado de antemano a la destrucción, al pillaje, al asesinato y a la deportación a ciudades inocentes y a sus pobladores. El pillaje está metódicamente organizado; furgones y automóviles pónense a la disposición de los ladrones para transportar a Alemania el fruto de sus rapiñas. Los mismos jefes dan el ejemplo. El duque de Wurtemberg, en Gante, se apodera de la colección de obras de arte del señor Rambot, cónsul de una nación neutra; el duque de Brunswig saquea metódicamente las colecciones del castillo de Baye. En cinco meses son enviados veintiocho millones de francos por las tropas bárbaras a sus familias; Schœffer, en la revista *El Arte y los Artistas,* declara que los alemanes tienen derecho a apoderarse de las obras de arte. Las que no se han llevado las han hollado, desgarrado, roto. Y eso, por orden, pues que a veces se lee sobre la puerta de algunas casas: „No saqueéis ni queméis". Un soldado restituyó el fruto de sus latrocinios y se excusó: „Estoy obligado a saquear".

Todos los *carnets* de los soldados y oficiales relatan escenas de pillaje y matanzas.

En incendio, el fusilamiento de habitantes ha sido or-

denado; las víctimas son designadas de antemano. **„Dinant, ciudad condenada" — dijo el 17 de Agosto en Luxemburgo un oficial alemán —; la destrucción no tuvo lugar hasta el 23.**

Generalmente, las cosas suceden así: unos cuantos tiros de fusil son disparados de pronto y al azar por los soldados alemanes, cuatro o cinco días después de la ocupación; se acusa a los civiles de haber tirado sobre la tropa; otras veces es para castigar a la población por un ataque de las tropas aliadas; los alemanes a veces, por error o azar, han matado o herido ellos mismos a uno o varios de los suyos; se ha declarado responsable a la ciudad ocupada; entonces comienza la fiesta: primero el pillaje y después el incendio; los oficiales dirigen la operación, distribuyen los papeles; destrúyense las bombas, impídese a tiros de fusil a los habitantes que apaguen los incendios, se les impide que salgan de sus casas ardiendo o se les precipita en ellas. De los sobrevivientes se fusila a una parte, mujeres, niños, viejos, hombres, todo es bueno; o se les encierra días enteros en una iglesia sin alimento, separando las familias; se fusila a los hombres delante de sus mujeres, se viola a las mujeres y a las jóvenes, y aun a niñas de diez y doce años, muchas veces delante de sus maridos, padres y hermanos; se golpea, se hiere, se mutila, se corta una mano, un seno, la nariz, las orejas; se les ata a un caballo al galope; se coge un viejo por las manos, se le quema poco a poco; se empalan mujeres violadas con los senos y los brazos cortados; se las cuelga, a otras se las destripa; se encarnizan con el sacerdote, con las religiosas, rehusando aún el darse por enterados de los documentos que establecen la nacionalidad extranjera de las víctimas; al cura de Gerolde preténdese forzarle a la apostasía, después es crucificado, machacándosele las manos y los pies, se le corta la nariz y las orejas, arráncansele las uñas, y oblígase a sus fieles a orinarse en él; a otros se les despoja de sus vestidos, se les arrastra a escenas de violación y se les encierra en la porquería.

A los sobrevivientes se les arrastra kilómetros enteros, ad-

virtiéndoseles que se les fusilará; frecuentemente se simula su ejecución; por último, abandonan una parte de ellos, medio muertos, embárcase a los otros para Alemania, tan apretados que no pueden ni sentarse, y rehusándoseles todo alimento, hasta el punto de que algunos de ellos mueren de debilidad.

He aquí la obra del más disciplinado de los ejércitos; obra hecha por orden del Emperador, por orden de los altos jefes, como lo atestiguan los mismos ejecutadores en sus *carnets* de notas, en sus proclamas y en sus confesiones.

Pero la tortura del prisionero civil no acaba con su entrada en Alemania; muchas veces en infectos reductos sobre podrida paja, llena de innobles piojos, expuestos sin protección a los rigurosos fríos del Norte, alimentados de restos reservados ordinariamente a los más viles animales, que se les tasa todavía hasta extenuarlos de debilidad, golpeados brutalmente, abandonados sin cuidado, a pesar de las epidemias que diezman aquel medio, aún eran sometidos a trabajos penosos y degradantes.

Los suizos espantáronse a la vista de estos espectros humanos que pasaban la frontera helvética, después de la más cruel y más odiosa de las detenciones. La tuberculosis ha atacado a muchos de esos desgraciados, y la locura ha hecho en ellos más de una víctima. Bien sabe lo que hace la científica Alemania al devolvernos a esos desgraciados atacados casi todos de la terrible tisis.

Y no son solamente los bienes privados, la población civil, el Clero, a quien el usurpador saquea, quema, fusila, aplasta con exacciones; ataca también a lo que en cada localidad es el centro del culto rendido a Dios o el símbolo del ideal del pasado.

La más pequeña iglesia es atrozmente profanada, y no únicamente para instalar en ella caballos y tropas, sino porque se ingenian en acumular las peores inmundicias; se rompen las imágenes, se deshacen los cuadros; se fuerza el tabernáculo a golpes de culata, se le acribilla de balas, se roban los vasos sagrados, se llenan de orín, se echan a la basura las

Sagradas Formas, se mutilan los Cristos, se les cortan las piernas, etc.!!!! La iglesia es objeto de predilección del cañón, y sube a muchos miles el número de las que no son más que montones de piedra.

Pero muy especialmente se apunta a los monumentos caros a los pueblos por su hermosura y objeto de la admiración de los siglos. Son rehenes escogidos; las iglesias de Lovaina, de Dinant, de Malinas, de Senlis, de Soissons, son incendiadas y bombardeadas; en Lovaina han destruído por completo la Universidad y su maravillosa biblioteca; en Reims prepararon la hoguera de la catedral mientras la ocupación, acumulando en las torres petróleo y paja; faltóles el tiempo para que la mano incendiaria encendiese la antorcha; pero los obuses consiguieron su objeto, bajo el pretexto absurdo de las piezas de artillería francesas izadas en las torres y puntos de observación que debían haber sido dispuestos en ellas.

Consiguen los franceses un avance en Champagne; al punto los obuses caen sobre el santuario nacional, ¡la obra de arte supremo incendiada; pero aun en pie recibe las bofetadas del bárbaro! Arras ve su maravilloso campanario reducido a un montón informe; Ypres está viuda de su mercado, y tantas obras maestras de los siglos pasados, que todos los conquistadores respetaron, son reducidas a cenizas con incalificable ferocidad.

Esos monumentos son destruídos por venganza, sin objeto militar alguno; sus generales se envanecen de ello: „**Si todas las obras maestras de la arquitectura se las llevase el diablo, dice el general von Disfurth, en el „Tag“, nos sería completamente igual**“. Y el general von Heeringe añade que „la sangre de un solo soldado alemán vale más que todos los monumentos franceses“.

Hace un siglo había habido ya alemanes que, como Jacobo von Goerre, reclamaron la destrucción de la catedral de Reims, como símbolo histórico de Francia. „Reduzcan a cenizas, dice en su mística cristiana, esta basílica en que fué consagrado Clodoveo, y donde nació el Imperio de los Francos“.

¿Guillermo II no ha hecho, con odio, en un discurso de hace algunos años, el proceso de esas esculturas, intolerables símbolos de la **idolatría católica, cuyo aniquilamiento ha de perseguir durante toda su vida**", según declara en una carta a su prima, convertida al Catolicismo? ¿La *Los von Rom* no es su obra, no persigue con rabia ese fin?

Así, el *Lokal Anzeiger*, de consuno, en 1.° de Enero último, publica la poesía de Rudolf Herzog: „Ya no suenan más las campanas en la catedral de las dos torres. Se acabó la bendición. Hemos cerrado ¡oh Reims! con plomo tu casa de idolatría".

Y cómo dudar de la premeditación, leyendo el *Berliner Blatt* del 5 de Septiembre, trece días antes del bombardeo de la catedral: „El esplendor real de Reims, que se remontaba al tiempo de los lirios blancos, no dejará de deshacerse en polvo bien pronto bajo el golpe de nuestros obuses".

En fin, ¿qué decir de los atentados innumerables en el mar, el 26 de Octubre contra el *General Ganteaume*, barco cargado de miles de mujeres y de niños fugitivos, de los asesinatos de Bélgica? ¿Qué pensar del barco-hospital *Asturias*, torpedeado en Febrero? ¿De los cientos de lanchas pesqueras hundidas sin aviso previo, de las cuales impiden el salvamento? ¿Qué decir, en fin, del asesinato friamente perpetrado de 1.500 neutrales, mujeres y niños, del *Lusitania*, que ha levantado un indecible horror del fondo de todo humano corazón y desencadenado por todo el mundo un grito furioso y vengador contra los asesinos y vándalos de quienes el mismo Nietzsche decía: „Teutsche Menschen", es decir, ¡los falsarios!

Y, sin embargo, del fondo de Germania nos llegan murmullos satisfechos de esos crímenes acumulados, y creemos oir aún la voz de Blücher, gritando en medio de las destrucciones de 1814: „Cómo, ¿no hemos hecho más que esto?... Era mejor hacer mucho más todavía". O la de Tomás Mann, discípulo de Nietzsche, al declarar que „la cultura no repugna al salvajismo sangriento".

Todo esto no ha sido obra del desencadenamiento de la barbarie individual, dando rienda suelta a la violencia de los instintos brutales; es el resultado de una organización premeditada, de un sistema de opresión, de represalias, de terrorismo; el fruto de una preparación monstruosa y sistemática de la disciplina alemana para la obra de cobardía y ferocidad; el desenvolvimiento de la implacable guerra en que la fuerza militar ha llamado en su ayuda, el terror, el asesinato y el incendio.

¿Qué ha hecho, ya en sus procedimientos políticos, ya en los campos de batalla, bien en las regiones invadidas, fuera de ese gran principio que el mismo Soberano Pontífice señala con fuerza al contestar que „la violencia en el ataque ha sobrepasado toda medida"? „A persona alguna, por cualquier motivo que sea, no le está permitido lesionar la justicia".

¡Los culpables se han confesado ellos mismos, quejándose de esa solemne condenación!...

***

Nosotros, los aliados, tenemos conciencia de nuestro sagrado papel; sabemos que, como Edipo, luchamos contra la esfinge falsaria y devoradora que se ha asentado ante nuestra Patria común; iremos, como Teseo, a luchar con el minotauro hasta dentro de su propio antro, y tenemos la esperanza de que, libres de la horrible pesadilla del militarismo prusiano, el mundo civilizado curará sus lacas y emprenderá la marcha hacia el ideal de paz, de justicia, de amor y de trabajo.

Nuestro patriotismo es grande como el mundo, dilátase nuestro corazón hacia todos los países civilizados; estamos convencidos de que todos los pueblos en conjunto, y cada uno de ellos por sus cualidades propias, aportan un elemento necesario al progreso universal. Nosotros, que hemos creado o contribuído a crear Italia, Rumanía, Grecia, Bélgica, y en otro tiempo los Estados Unidos; nosotros, que reconocemos en

nuestras creencias y nuestra civilización la obra de aquellas pequeñas naciones que fueron Israel y Atenas: nosotros, que seguimos la obra fecunda de Florencia, Venecia, Holanda, Bélgica, Suiza, todas ellas naciones débiles y países pequeños, creemos que un pueblo que desaparece es una luz que se apaga, una estrella que muere.

Queremos para las diferentes naciones y para nosotros mismos el derecho, en nuestra independencia soberana, de colaborar en el establecimiento de un régimen pacífico y tolerante, favorable al libre cambio de pensamientos e inspiraciones.

Tenemos la firme convicción de que solamente el amor a la verdad y a la justicia pueden regir las naciones, como los individuos; que no hay excepciones para los pueblos, en cuanto respecta a la ley moral dotada al mundo por el Cristianismo, y sin la cual no hay verdadera libertad ni verdadero progreso; creemos que es un deber para las naciones, como para los hombres, ayudarse y amarse mutuamente, el tender la mano a los oprimidos y levantarse contra el opresor; nosotros no podemos, en virtud de esos principios, negar a los mismos alemanes los derechos que para todos y cada uno de nosotros reclamamos; y al luchar contra sus ordas sanguinarias, tenemos la conciencia de trabajar, a pesar suyo, para arrancarles de las manos de los infames sicarios que los han engañado y empujado ciegamente por el camino de los más grandes crímenes que se conocieron jamás.

Y en tanto nuestras fuerzas se exaltan en esta lucha por salvar la libertad de todos, es para nosotros una necesidad el sentir que a través de las fronteras palpitan los corazones y brillan los ojos en las horas de peligro común y en la esperanza de un mismo triunfo.

Nada humano nos es indiferente.

ENRIQUE BREUIL.

P. Orrier - Paseo del Prado, 20, Madrid.